

1. *El mundo dominante*

El mundo es naturaleza y vida, es un cúmulo de estructuras físicas y un depósito gigantesco de energía. Es el resultado de un largo proceso evolutivo y el signo de un proyecto superior que crea estructura, organiza y planifica.

Este plan se va cumpliendo en la naturaleza al modo de un esquema parcializado, sin afinidades aparentes, entre vastos sectores afectos al proyecto, y que por vía de esbozos y bosquejos, apuntes y borradores, va poco a poco componiendo el rostro de una totalidad, aún inasible y siempre en formulación, pero ya borroneada, como un croquis rápido, en ciertas formas y rasgos que el mundo ofrece al que lo mira con atención.

El mundo como tal es, para el creyente, la proyección de una inteligencia suprema, que dota a su creación de una dinámica irrenunciable, en virtud de la cual va ajustando su realidad temporal al modelo ideal que dicha inteligencia ha formulado.

Para el que no cree en instancias que vayan más allá de lo visible, el mundo es una materia que, como consecuencia directa de su estructura específica, está programada para cumplir un cierto ciclo evolutivo, que comporta desarrollos, cambios y alternancias. Esta materia puede entrar en juego con otras cuencia de crecimiento ininterrumpido o de cesos, igualmente programados, en una secuencia de crecimiento ininterrumpido o de paulatino agotamiento degradador.

Cualquiera que sea la postura interna asumida por quien enjuicia al mundo, éste se revela como una realidad concreta, estructurada de un modo determinado y sometida a un conjunto de leyes que garantizan la estabilidad de dichas estructuras y aseguran la prolongación, en el tiempo, del mundo y de sus formas esenciales.

Lo dicho supone el imperio de ciertas leyes, principios o sistemas inamovibles, que se imponen al espectro total de las creaturas con la inflexibilidad con que la naturaleza suele orientar sus procesos. Así, la masa derretida de materia será expulsada del interior de la tierra por la fuerza expansiva del fuego y de los gases y hará su camino como lava ardiente, hasta detenerse en sedimento o roca una vez que el enfriamiento haya endurecido los elementos en fusión. Y allí quedará, a la espera de nuevos acontecimientos, que, en forma de viento o lluvia, irán pulverizando la dureza de la piedra y convirtiéndola en materia prima de futuras germinaciones.

El guijarro queda, así, entregado a la acción transformante de otros agentes, movidos por otras leyes y principios.

Este proceso de acción y reacción que registra la naturaleza no responde al caos puro o al acaso. En efecto, es posible establecer una cierta secuencia en dichos procesos, los que ocurren como capítulos de un todo más amplio. Como consecuencia de este ordenamiento, los seres se organizan en estratos jerárquicos de acuerdo a las propiedades de sus componentes químicos, a lo complejo o simple de sus estructuras, a la autonomía o dependencia de su actividad, al dinamismo o pasividad de su naturaleza.

En esta línea, la división tradicional en "reinos" —reino mineral, reino vegetal, reino animal— tiene su razón de ser, derivada no sólo de una visión práctica del mundo, centrada en conceptos de inercia y vida en sus diversos rangos, sino, también, de la concepción de naturaleza, ligada esta última a la "Physis", griega, en la que la raíz "Phy" indica "crecimiento", del mismo modo como la "natura" latina apunta a la idea de nacimiento y desarrollo.

De acuerdo a esta visión del mundo, la realidad es aquello que por su propia naturaleza está ordenado a un desenvolvimiento entitativo, como cumplimiento de una ley que

determina la modalidad, estilo y límites de dicho desarrollo ¹.

La capacidad de origen y crecimiento que hemos señalado establece la posibilidad de un amplísimo espectro de variados seres, al paso que la ley que regula dichos procesos los confina dentro de un registro preestablecido. Ello hace que detrás de una aparente versatilidad en la línea de lo posible, exista una rígida codificación en el ámbito de lo concreto.

En definitiva, es posible establecer, entre los seres que pueblan el universo, una especie de jerarquía que, partiendo de los más simples, alcanza hasta los más complejos, y fija a cada uno las condiciones de su origen, la norma de su progresión y los términos exactos de su expansión dinámica.

Existe, por tanto, un principio rector que controla la aparición y actividad de los elementos y ejerce sobre ellos un gobierno férreo, que no admite habitualmente desviaciones con respecto a lo programado. Es el mundo que domina a los seres que lo pueblan.

Todos los seres están regidos por una ley de crecimiento. Sólo el hombre es factor de perturbación.

En la cima de la escala de estos seres está el hombre, coronando con su complejidad la variedad infinita de las creaturas. Pero este ser, que por su misma perfección debería constituirse en paradigma de la ordenación y dominio que prevalece en el mundo, es un factor de perturbación y desorden, por cuanto puede desafiar lo establecido, modificar lo

programado y proponer alternativas inéditas a lo que la naturaleza ha dispuesto. Es el hombre que desafía al dominio que el mundo ejerce.

2. *El hombre como factor de perturbación*

En el rango superior de los seres vivos está el animal. Cada especie animal ha cumplido, de alguna manera, el proceso de crecimiento hacia su propia perfección. Ello permite descubrir en los individuos de dichas especies los rasgos de una especialización y adaptación increíbles. Vista, olfato, oído, agilidad, rapidez, garras y dientes, resistencia física, sangre fría o caliente, capacidad de inmovilizarse o de trepar hasta la copa de los árboles, o de volar, o de nadar, o de abrirse camino por la tierra, son otras tantas muestras de adecuación a un medio variado. Así se explican la especial constitución de las patas de los palmípedos, la disposición de los dedos de la mano del mono, la línea funcional del delfín o el pico en gancho de las aves de rapiña, ordenamientos físicos que permiten que medio y creatura se avengan y encajen sin conflicto.

Quizás la muestra máxima de esta adaptación de la especie a su medio radique en la facilidad con que los individuos se conaturalizan con su ambiente. "El animal dispone de sentidos más agudos y logra dominar en lapso de horas o días toda una escala de movimientos en virtud de un automatismo innato, dependiente de procesos endocrinos de estimulación que le permiten responder adecuadamente a las exigencias de su medio ambiente. Su adaptación, que se manifiesta desde el nacimiento, lo encierra como prisionero dentro de su estrecho medio vital y limita su campo perceptivo a lo vitalmente necesario. Al mismo tiempo lo priva de toda posibilidad de evolución posterior hacia una mayor riqueza de movimientos y percepciones, ligándolo para sus necesidades y reacciones a una esfera biológica de la cual nunca puede desatarse" ².

¹ Cf. Juan Graven Schönlaui, *Concepto de la Naturaleza*, Edit. Universitaria, Stgo. de Chile, 1978, p. 9 ss.

² Heinz Schulte-Herbrüggen, *El lenguaje y la visión del mundo*, Edic. Universidad de Chile, Stgo. de Chile, 1963, p. 9.

Frente a la adaptabilidad y especialización de los animales, que les confiere la seguridad propia del instinto ciego y les permite pasearse por la parcela de su hábitat natural, si no como señores, al menos como familiares de confianza, el hombre aparece como la más desvalida de las creaturas. Un instinto incierto y limitado a las funciones más primarias, una precariedad extrema que hace de él un inválido en términos de supervivencia, una dependencia total y prolongada en relación con sus progenitores y una definitiva falta de especialización hacen del hombre un desposeído de la naturaleza.

Esta indefensión, que aparentemente debería recluir al hombre en una mazmorra estrecha y sin posibilidades de fuga, es justamente la que lo proyecta más allá de sus limitaciones. Obligado a suplir con inteligencia lo que el instinto le niega, orienta sus impulsos indiferenciados hacia una gama infinitamente más amplia de objetivos de lo que el más perfecto de los animales podría alguna vez alcanzar, lo cual hace del hombre algo más que un topo en su cueva y lo constituye según J. G. Herder, en "el primer emancipado de la naturaleza"³.

Lo dicho se afianza al contar el hombre con un instrumento poco especializado como es la mano, inadecuada para desgarrar o para subir a los árboles, o para escarbar, pero que, por lo mismo, le sirve para asir un azadón o un cuchillo, pulir una piedra o aguzar una caña, tejer una fibra o ahuecar un árbol, arar un campo o cosechar sus frutos, comunicarse con gestos o imitar a otros, tallar un madero, pintar un cuadro o escribir un poema.

La falta de especialización es, entonces, lo que le da al hombre la posibilidad de desentenderse de lo concreto inmediato y aspirar a una universalidad que lo eleva a la condición de rey de esa universalidad.

La naturaleza queda, con ello, sometida a la que sigue siendo su criatura, perturbada por su presencia, alterada por su acción, modificada por sus proyectos alternativos y transformada por su técnica.

3. *El dominio del hombre*

Hemos señalado que la lentitud de su desarrollo y una adaptación pobre al medio hacen del hombre una creatura en extremo dependiente de sus progenitores. Este factor de dependencia merece ser analizado, por cuanto lo que en primera instancia pudiera significar pobreza de medios para enfrentar la naturaleza, en definitiva constituye la ocasión para un salto adelante en la adquisición de una mayor riqueza entitativa.

En efecto, para que el hombre no sucumba a la agresión de los agentes circundantes, todos sus primeros años deben desarrollarse a la vista y amparo del grupo social al cual pertenece, lo que implica, como rasgo inherente a la especie, la necesidad y posibilidad de comunicación entre los diversos individuos del grupo.

La primera forma de comunicación es la del *gesto intencionado*, en virtud del cual se expresa al exterior lo que cada individuo

La falta de especialización permite al hombre desentenderse de lo concreto y asomarse a lo abstracto universal.

lleva dentro de sí como aspiración, deseo o voluntad. Recuerdo, en los tiempos de la persecución nazi, a un judío emigrante, que ofrecía sus servicios de acarreador haciendo con los brazos el gesto mímico de transportar mercadería. Dentro del contexto en que tal gesto se originaba, la significación del mensaje era explícita y correspondía exactamente a la intencionalidad del emisor: "deseo trabajar y me ofrezco como cargador". En la misma línea de este gesto portador de un mensaje se ubican el dedo colocado sobre los labios para solicitar silencio, o el ademán de

³ Ibid., p. 10.

señalar la puerta para despedir violentamente a alguien.

Supongamos que al gesto intencionado se sume la emisión de ciertos sonidos. No pasará mucho tiempo sin que sonido y gesto empiecen a constituir una unidad significativa que refuerza la expresión de lo que se quiere manifestar. En esta alternativa, los sonidos emitidos en la garganta y modificados por la boca se agruparán, poco a poco, en unas pocas categorías simples, alusivas al miedo —tonos agudos y entrecortados—, a la ira —gritos fuertes y secos—, o a la expresión afectiva —ronroneos de variado registro—. La repetición selectiva de estos sonidos, unidos siempre a la misma situación comunicacional, aglutinará el grito, el rumor, el chirrido, el susurro, las articulaciones explosivas, los ritmos acelerados o lentos y las acentuaciones espasmódicas o cadenciosas en torno a ciertas categorías establecidas por la misma experiencia. De esta manera, determinados sonidos, emitidos en una secuencia ya fija, serán asociados a hechos muy concretos, hasta el

La palabra es un símbolo que representa el objeto o la acción en ausencia.

punto de que su sola formulación evocará dichos hechos sin que su presencia física sea necesaria ni que el gesto mímico acompañe el farfalleo y las mascullaciones del habla en vías de elaboración. Nace, así, *la palabra*, “símbolo que representa el objeto o la acción en su ausencia, y que sirve para evocarlos arbitrariamente en la conciencia de otros”⁴.

La palabra así entendida tiene el poder de liberar al hablante de la contingencia de lo

inmediato y de la esclavitud del “aquí” y del “ahora”. El hecho de poder trascender la limitación de lo concreto hace del hombre un ser emancipado, en el amplio sentido de la palabra, desembarazo que le otorga la autoridad y señorío sobre el tiempo y el espacio. En otros términos, puede el hombre, por el milagro de la palabra, cambiar las condiciones de su hábitat terreno y proyectarse al futuro sin más limitaciones que las que le imponen su imaginación y creatividad.

La inmunidad autonómica del que por la palabra se exime del “aquí” y del “ahora” se hace más clara aún cuando se trata de la palabra escrita, pues ella derrota la memoria frágil, fija el canon de lo que otros han dicho, hace llegar a lejanas latitudes lo que se dijo en las antípodas, universaliza el número de los interlocutores y permite la preservación de los raptos más luminosos del pensamiento humano.

En definitiva, la palabra —tanto la oral como la escrita— libera al hombre del cerco de lo concreto y lo entroniza como dominador de ese mundo que, en un comienzo, se le presentara tan hostil. La palabra es, entonces, el gesto inaugural que señala el comienzo del imperio del hombre sobre el mundo. Otros gestos más refinados como son los que se derivan del conocimiento científico o de la tecnología tendrán su origen en esta palabra primera que nomina al mundo, al tiempo que expresa lo que el hablante es dentro de sí. Lo que en un comienzo fue una simple relación hombre/mundo se convierte, en virtud de la palabra, en una relación conciencia/naturaleza. Esta relación, propia y exclusiva del hombre, establece, en decir de Emilio Lledo, “un campo intermedio, una versión del mundo. En esta versión, la distancia y objetividad establecida tiene que ser cubierta con un dominio en el que pueda circular la inteligencia. Por medio del lenguaje, como mito, como arte, como filosofía, como ciencia, comienzan a surgir, ante el exclusivo estímulo de la naturaleza perdida o al menos distanciada, las primeras interpretaciones simbólicas, o sea, los primeros intentos de construir un mundo al lado del mundo, y con ello, un apoyo para vencer la indiferencia y enemistad de la naturaleza”.

⁴ *Ibid.*, p. 1.

4. *Palabra y visión del mundo*

Dominar el mundo significa, para el hombre, instalarse en su ámbito de un modo distinto del modo como se establecen los otros seres de la creación. Estos últimos no difieren del mundo del cual forman parte: son ese mundo y están sometidos a sus leyes.

Las fronteras que separan un ser del medio en el cual está inmerso son excesivamente sutiles, de tal modo que si bien es posible señalar físicamente el perfil de su corporeidad, no es tan fácil distinguir lo específico de su acción comparada con la reacción de los seres concomitantes.

La gran masa de los seres creados está en el mundo de un modo indiferenciado, como podría estar un alga marina en la playa en la que la dejaron las olas, o en una roca o en la quilla de un barco. Y estar en un lugar de una manera indiferenciada implica, justamente, una cierta "indiferencia" con respecto al medio en el que se ha echado raíces, o, lo que es lo mismo, implica un nivel de pasividad y sujeción que es la negación misma del dominio y señorío que postula el hombre como su modo de instalación en el mundo.

El hombre no es indiferente frente al medio en el que le toca vivir: es distante. Con ello queremos decir que no está sujeto en términos absolutos a la naturaleza ni condicionado fatalmente por sus variaciones. Su misma inadecuación y falta de especialización lo colocan en un sitio parcialmente alejado de lo contingente, lo que, según hemos visto, lo prepara para dominar sobre el mundo.

Pero este mundo dominado es de una gran complejidad, lo que explica que existan "versiones" del mundo aparentemente contradictorias. Estas versiones corresponden al punto de vista que se adopte para considerar el mundo. Un mismo paisaje puede ser visto con ojos de pintor, con ojos de agricultor o con ojos de corredor de propiedades. —sic Lukas, *El Mercurio*, 21/10/81—. Y la palabra que dé cuenta de esa distinta mirada reflejará, necesariamente, la diversidad de óptica asumida.

Una palabra demasiado próxima a la realidad que designa —tan próxima que en algunas culturas pudo identificarse con ella— revela una visión del mundo marcada por lo

contingente inmediato, donde no existe casi distinción entre el plano del significante y el plano del significado. Pero a medida que la manipulación es reemplazada por la observación y la distancia entre sujeto cognoscente y objeto conocido se amplía, en esa misma medida las palabras registrarán los pasos dados en el proceso de independencia frente al mundo y reflejarán el ángulo de visión adoptado por el hombre en un momento determinado de su evolución.

Lo dicho explica el enriquecimiento paulatino de ciertas lenguas. Un estudio diacrónico de estas lenguas permitirá detectar el paso desde la onomatopeya primitiva a la palabra-sacramento del pensamiento mágico, o a las categorías temporales reflejadas en los tiempos de los verbos, o al surgimiento de símbolos o imágenes colectivos condensados en los mitos. Igualmente, es posible percibir en estos diferentes estadios la diversa visión del mundo que ellos acusan.

No es fortuito, por ejemplo, que en algunos casos se use la misma palabra para el

El hombre no es indiferente frente al medio en el que le toca vivir: es distante.

masculino, el femenino y el universal genérico (latín "canis"), mientras en otros, se amplía a dos, asumiendo el masculino la responsabilidad del universal (castellano "hombre"/"mujer"/"hombre"), y en otros aún, se tengan tres términos para designar la triple realidad (latín "vir"/"mulier"/"homo"). El diverso tratamiento que se le da a la categoría del género revela una postura del hablante frente a esa realidad, una toma de posición, un juicio y una óptica de visión peculiares.

El que culturas de alto prestigio como la francesa pudieran haber influido en el cambio

de género de palabras de otras culturas —es el caso del antiguo inglés “sunne”= sol, femenino, que pasa a “sun”, masculino, por influencia del francés “soleil”, masculino— revela hasta qué punto un modo de ver la realidad puede imponerse a otro y determinar una variación en el eje de visión del mundo.

En alemán, la palabra “Kind”, niño, es un término neutro (“das Kind”) y no masculino, como lo es, por ejemplo, en castellano (“el niño”), lo que indica que, en un tiempo, la organización familiar de los pueblos germanos asignaba a los hijos la condición de “cosa”, de “propiedad” del jefe del hogar, sin derechos propios y sometidos en todo a los dictámenes de su voluntad.⁵

Detengámonos un momento en este último ejemplo. No es lo mismo considerar al niño como una “cosa” que se puede vender o matar, que considerarlo como una “persona”, sujeto de derechos inviolables. Esta doble visión, que se descubre en algo tan simple como es el género de un nombre, correspon-

El género de un nombre puede señalar una “interpretación” del mundo.

de a una “interpretación” del mundo y a una “recreación” cifrada del mismo. Mediante estas operaciones de recreación e interpretación el hablante selecciona ciertos materiales y los colora de un modo peculiar. Y es en este mundo recreado por la palabra donde el hombre sienta sus reales y se instala como dominador.

Entre el mundo real y la versión que de él da la palabra hay, entonces, un espacio, una

distancia recorrida por la inteligencia del hombre, inteligencia que da nombre a las cosas, con lo que éstas quedan rotuladas de un modo no siempre adecuado a la realidad objetiva, aunque siempre consonante con las experiencias del hombre. En este sentido, la palabra es reflejo de la experiencia *en cuanto consciente*, o mejor, de la reflexión que se hace sobre la experiencia sensible, en virtud de la cual el hombre se apropia de la sensación ligada a esa experiencia, la fija en su capacidad de resonancia por medio de un nombre y la incorpora a su inventario verbal como “soporte para futuros actos de pensar”⁶.

5. *Palabras de vida eterna*

La palabra y su sistema —el lenguaje— constituyen una especie de corredor de acceso a través del cual la realidad llega hasta la conciencia del hombre y queda fija en un patrón determinado, según cuáles sean los condicionamientos y transformaciones que las cosas sufran al ser rotuladas con los nombres con los que las conoceremos.

El lenguaje es, por tanto, algo así como un “organum” de captación, un medio de conocimiento mediato de la realidad. No termina aquí, sin embargo, la virtualidad del lenguaje. El es, también, un instrumento de la razón para sus procesos reflexivos. En ello radica uno de los aspectos más relevantes de la potencialidad de la palabra, pues dice referencia no sólo a la versión oral de la impresión sensible de los objetos exteriores, sino, además, a la posibilidad de seguir más adelante en el proceso del conocimiento. En esta nueva dimensión, el conocimiento se plantea en el plano de la abstracción, que prescinde del limitante “aquí” y “ahora” de las cosas contingentes. En este sentido, N. Chomsky y toda la línea de la gramática generativa continúan lo que ya Humboldt había establecido hacía más de un siglo.

W. von Humboldt sostiene que el lenguaje “consta, además de los elementos ya formados —estructura objetiva (‘érgón’) de los sistemas verbales—, de métodos para continuar el trabajo del espíritu, para el cual queda

⁵ Ibid., p. 57 ss.

⁶ Ibid., p. 122.

trazado en aquél el camino y la forma —fuerza formadora de la 'energeia'—"

Esta fuerza formadora y transformante de la palabra energeia es la que permite una progresión en la línea del conocimiento. Aunque el carácter generador de la palabra se funda en el contenido significativo de la misma, conviene recordar algo que la experiencia cotidiana demuestra a cada paso: que la significación de una palabra también depende de su carga afectiva. Es el contexto situacional y las circunstancias de tiempo y lugar en las que se dice una palabra los que determinan su verdadero alcance. Consiguientemente, podemos sostener que la palabra será más significativa en la medida en que sea portadora de una carga afectiva mayor.

Esto que se dice en un minuto y se despacha en dos líneas constituye, quizás, el nervio más sensible de todo el problema de la palabra, pues en él se juega su razón de ser y su dignidad de agente privilegiado de comunicación entre los hombres.

En efecto, toda palabra surge en un contexto de diálogo y es en él donde significativo y significado coinciden sin ambigüedades. Los accidentes de tiempo, lugar y modo, los pormenores episódicos, las condiciones del escenario y la trabazón que se establece entre estos elementos le dan a la palabra la acepción exacta y el valor cabal propuesto por el hablante y acogido por el interlocutor.

Sin embargo, conviene tener presente que este entronque con la "circunstancia" no anula lo dicho más arriba en relación con la necesaria distancia que media entre el mundo de las cosas y el mundo de las palabras que las significan. Independencia y encarnación son los dos momentos de la simultaneidad de la palabra, el derecho y el revés de la trama única del lenguaje.

Con ello tocamos uno de los aspectos fundamentales de la palabra: su capacidad de encerrar la universalidad de un concepto abstracto en la materialidad concreta e individualizada de un término. Porque si bien es cierto que hay palabras que se las lleva el viento, también lo es el hecho de que las hay

de vida eterna. La literatura y su estética se inscriben, justamente, en esta zona privilegiada de la palabra.

6. *Conclusión: La palabra estética*

El niño que nace emerge a la vida bañado en sangre, humores y materia, sedimentos de lo que constituyó su hábitat natural por nueve meses. Son ellos los testimonios de una larga historia de amor y encuentro entre dos seres que se necesitaban y de cuyo encuentro se deriva ese proceso que culmina en el parto.

Con la palabra ocurre algo similar. El choque de la naturaleza con la conciencia del hombre determina un impacto sensible, cuyas resonancias alcanzan al ámbito de lo afectivo y cuya culminación final es la palabra poética. En ella se encuentran "enredados en hermosa lucha de amor/como el fuego con su aire" (J. R. Jiménez), la contingencia del aquí y el ahora, la inmediatez del conoci-

La palabra puede encerrar la universalidad de un concepto abstracto en la materialidad concreta de un término.

miento sensible, la distancia que impone el lenguaje entre las cosas mismas y el nombre que las designa, la intensidad afectiva que alienta en la palabra recién creada y la universalidad que se insinúa en lo concreto.

La palabra recién nacida —la palabra poética estéticamente valiosa siempre será recién nacida— arrastra consigo toda la ganga e impureza propias de cualquier palabra. Pero este sedimento residual se redime de la viscosidad turbia de lo contingente en la medida en que logra encarnar en ella la transparencia luminosa de lo necesario. Cuando ello ocurre, estamos en el ámbito de la belleza literaria.

⁷ Cf. W. von Humboldt, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbanes*, Berlin, 1836/1949. H. Schulte, *Op. Cit.* p. 125.

Surge aquí, sin embargo, un peligro cierto de adulteración artística que pone en peligro de muerte al proceso creador. Hay en la palabra un equilibrio inestable difícil de preservar. Se corre permanentemente el riesgo de que la materialidad física de la palabra la arrastre a la inmediatez de lo aleatorio y acorte tanto la distancia entre las cosa y las palabras, que prácticamente lleguen ambas realidades a identificarse entre sí. Es el caso de las novelas de acción, en las que todo se reduce a un puro juego —que no es lo mismo que juego puro—, o del relato pornográfico, en el que la perfección de técnica descriptiva llega a extremos inverosímiles, o de la narración sensiblera, en la que la vibración de los sentimientos está peligrosamente cerca de la prostitución artística.

En el mercado librero hay demasiado plástico que ahoga, con el peso de sobreproducción barata, las relativamente escasas piezas de legítimo marfil literario. Los veraneos de clase alta, las bajas pasiones tras un asesinato, el terror por televisión, el gran amor derrotado por el destino, el culto al vampiro, la justicia salvaje y tanto otros enunciados que promueven este “Taiwan” de pacotilla son fórmulas que identifican toda una banda de marihuana literaria.

Hay en estos casos un uso abusivo de la palabra literaria. En su tratado sobre “Cómo se hacen los versos”, Maiacovsky sostiene que “la poesía empieza donde hay tendencia, tendencia que, naturalmente, se identifica con el “encargo social” que el pueblo hace a sus escritores”⁸.

Lo que el teórico marxista aplicaba a los postulados del Partido —destruyendo de paso

las exigencias esenciales de la literatura— los mercaderes del reventadero moral lo aplican al encargo que la parte oscura de nuestro ser hace a los traficantes de la curiosidad insatisfecha. El aire enrarecido de la idea, el bello trabajo que impone una forma literaria novedosa, el nuevo término que se acuña, la metáfora insólita, el juego verbal significativo, el salto en el vacío de un hermetismo que estimula la imaginación y el sondeo en profundidad de una parcela desconocida de la vida son provincias que el explorador de lo concreto no puede recorrer. Su pasión se agota en la cama deshecha de un encuentro fortuito, en el galope del caballo de un héroe de pacotilla, en la ficción de una ciencia prostituida, en el engaño del sentimentalismo falso, en la gramática desarticulada del escritor oportunista, y en todo aquello que por proximidad pierde distancia, que por inmediatez temporal renuncia a proyectarse y que por adhesión a lo individual abdica de lo universal.

La literatura de rango estético se juega en otros campos que los señalados. Nada de lo humano le es ajeno, justamente en la medida en que se estén manejando valores y dimensiones humanos y en la medida en que las contingencias de lo concreto constituyan impulsos para alcanzar la necesaria universalidad del arte. En este sentido es válida aquella definición que reconoce en la literatura el “esfuerzo de un hombre por decirle al hombre lo que es el hombre”.

⁸ V. Maiacovski, *Obras Escogidas*, Ed. Platina, Buenos Aires, 1957, citado por Hugo Montes, *De Platón a Neruda*, U. Católica de Chile, Stgo., 1967. p. 102.